



CAPÍTULO XXVII

Nuevas y más numerosas fundaciones en Francia.—El Instituto penetra en Italia y en Suiza.—Muerte de D. Miguel Favre, primer confesor de la Visitación.

1631—1632

Las fundaciones religiosas, que habían estado interrumpidas, ó al menos detenidas durante dos años y medio por causa de la peste, volvieron á principiar otra vez con nuevo ardor. Al desaparecer aquella espantosa calamidad, que hizo más conversiones en un año—dicen nuestras antiguas *Memorias*—que cien predicadores en un siglo, se observó en Francia, en Saboya y en Italia, como un nuevo impulso hacia la vida espiritual y penitente. El espíritu de Dios inspiraba y llevaba las almas al desierto. Desde 1630 á 1640, época tal vez la más fecunda de todas las de la Iglesia, los monasterios se multiplicaron en una proporción fabulosa. Los de la Visitación, especialmente, se aumentaron de tal modo, que nos es imposible referir la fundación de cada uno en particular. Difícilmente podremos dar una idea de aquel movimiento admirable, de aquella propagación tan rápida y laboriosa, narrando la fundación de algunos monasterios, cuyos principios fueron más célebres por las grandes virtudes que en ellos resplandecieron, ó por las persecuciones que tuvieron que sufrir.

En esta rápida ojeada que vamos á dar á los países que unos tras de otros van dando entrada á la Visitación, merece en primer lugar nuestra atención la Saboya, en donde había nacido aquélla. Pero esta provincia, apenas libre de la epidemia que la había diezmando tan cruelmente, aumentando también su pobreza ordinaria, no se hallaba en estado de emprender nuevas fundaciones. Sus cuatro monasterios de Annecy, Chambéry, Thonon y Rumilly, necesitarán todavía algunos años de tranquilidad antes de que puedan enviar á Italia y á Suiza las colonias que de allí les piden.

Pasemos, pues, á Borgoña, segunda patria del Instituto después de la Saboya. Esta antigua y monástica tierra, en donde habían florecido durante la Edad Media abadías tan poderosas, que en todas épocas, y bajo cualquier forma que apareciese, había hecho á la vida religiosa tan simpática acogida, continuaba siendo fiel á la gran Fundadora que había dado á la Iglesia. Cada año nacía allí un nuevo monasterio de la Visitación: Dijón, en 1622; Autun, en 1624; Paray, en 1626; Bourg, en 1627; Beaune y Macón, en 1632; Semur, en 1633; Chalon-sur-Saone y Charoles, en 1636. Cada año también, para poblar y multiplicar estos monasterios, sacaba de su seno, de su antigua nobleza, de su poderosa clase media, numerosas y grandes religiosas; las Brechard, las Chaugy, las Rabutin, las Berbisey, las Bouchier, que conocemos ya ó que conoceremos después, menos grandes, seguramente, por su talento distinguido y la varonil energía de su carácter, que por la santidad heroica de su vida y la belleza de sus virtudes.

La Visitación conquistaba así, una á una, todas las ciudades de Borgoña, y era difícil que no penetrase pronto en el Franco-Condado. El lector recordará el viaje de la Madre de Chantal á Besanzón en 1626; las ovaciones con que allí la acogieron, la multitud de pueblo que se apretaba y oprimía para conseguir el tocar

su hábito, y las sesenta jóvenes, sobre todo, que fueron á echarse á sus pies, solicitando que las diese por sí misma el velo. Recordará también la oposición del Arzobispo, que obligó á la Madre de Chantal á salir de la ciudad sin hacer la fundación. Esta oposición cesó por esta época, ya sea porque la peste atemorizase la conciencia del Prelado, ya más bien porque la perseverancia tenaz de Magdalena Adelaine, la humilde criada, á la cual San Francisco de Sales y la santa Madre de Chantal habían recomendado la constancia, profetizándola que vería coronados sus esfuerzos, enterneciese su corazón, lo cierto es que al instante, cuatro ó cinco ciudades, Besanzón, Gray, Champlitte y Salins, piden y reciben á las Hijas de Santa María. En Besanzón funda el primero la Madre María Margarita Michel, que viene de Dijón en 1630, y se ven entrar en él, una á una y en el orden indicado por la Santa, las treinta y seis jóvenes á quienes había bendecido á su paso por la ciudad, diciéndoles al oído que un día entrarían religiosas en la Visitación (1). Champlitte y Gray siguen muy de cerca á Besanzón en 1633 y 1634, esperando á Salins, que vendrá un poco después.

El instrumento principal de estas fundaciones, después de la buena Magdalena Adelaine, es una joven, casi una niña, de raza patricia. Se llamaba Clara de Cusanges, y pertenecía á antigua familia de los Condes de Bergues, de Champlitte y de Gray. Habiendo entrado á la edad de nueve años en el monasterio de Besanzón en clase de educanda, murió á los dieciocho, pasando sobre la tierra como una de esas visiones celestiales que Dios envía algunas veces para consolar el ánimo entristecido por el espectáculo de las miserias y vergonzosa flojedad de este mundo. Por su pureza admirable era llamada el *Angel del condado*; su humildad, su

(1) Véase antes pág. 160.

obediencia, su valor para vencerse, junto con una grande elevación de sentimientos y una madurez de juicio muy superior á su edad, admiraban á cuantos la conocían. Llevada á los trece años á Champlitte y á Gray para asistir á la fundación de dos monasterios, de los cuales su inmensa fortuna le permitía ser fundadora, recibida con salvas de artillería, saludada por los alcaldes y regidores de las ciudades, los cuales pronunciaban discursos en alabanza suya, vitoreada por todos los habitantes, á quienes sus padres habían colmado de bienes y caída de repente desde la cumbre de estos honores en medio de los horrores de la peste, no se supo qué admirar más en esta tierna virgen, si su modestia ó su grandeza de alma, llevadas una y otra hasta el heroísmo.

Por más instancias que le hizo su familia, se negó absolutamente á dejar el monasterio que acababa de fundar, y permaneció en él serena y animosa en medio de muertos y moribundos. Al cumplir los dieciséis años de edad, cuando su belleza hacía que se multiplicasen los pretendientes á su mano, se la vió de repente disgustarse del mundo y no ansiar más que humillaciones y sacrificios, con vehementes y enamorados deseos del cielo y santas impacencias de la vida eterna, que decían claramente á los que saben observar, que no permanecería mucho tiempo en el lugar del destierro. El claustro y el mundo se disputaban este tesoro y el cielo se lo llevó. Apenas contaba dieciocho años cuando, después de algunos meses de enfermedad, dejó este mundo alegre, pura y ya celestial, por sus aspiraciones y dulces miradas, sonriéndose con las Hermanas, invocando á San Francisco de Sales, besando una carta que le había escrito la santa Madre de Chantal, á quien había pedido permiso para morir, y dejando para siempre una memoria tan embalsamada con el olor de sus virtudes, que tenemos que violentarnos mucho pensando

en el largo camino que aún nos resta que andar, para no detenernos algún tiempo á aspirar el aroma de una flor tan hermosa (1).

La Lorena, que ya poseía un monasterio fundado en 1626 en Pont-à-Mousson por la Madre de Chantal, veía nacer en la misma época otros dos, á pesar de las terribles desgracias que entonces pesaban sobre esta provincia, y que agravándose todos los años, iban á despertar muy pronto la grande alma de San Vicente de Paúl. El de Nancy, fundado en 1632, salía de Pont-à-Mousson. El de Metz, establecido el año siguiente, procedía del centro de la Auvernia. Nada es tan curioso ni puede dar mejor idea de aquella época que el largo viaje que tuvieron que hacer las Hermanas que fueron á esta fundación. Tardaron tres meses en ir desde Riom á Metz. Pero ¡de qué modo! Habiendo salido de Riom el 16 de Noviembre de 1632, llegaron á Moulins, en donde las detuvieron muchos días en el monasterio, y donde las regalaron para la iglesia de su futuro monasterio, albas, casullas, vinajeras y un cáliz, el mismo con el que San Francisco de Sales había dicho Misa. Desde allí fueron al monasterio de Nevers, el cual, generoso aunque pobre, partió con ellas su pequeña provisión de trigo. Después, en Orleans, una señora piadosa, cuya hija tenían las Hermanas, les prestó su carruaje para ir á París, y les dió una gran cantidad de lienzo y un vestido de terciopelo con fondo de plata, además de dos docenas de sabanillas para el altar. Al llegar á París se vieron precisadas á detenerse allí dieciséis días por causa de los hielos, pero estos días no pasaron en balde, porque todos á porfía las colmaban de regalos. El Sr. de Renty, el Comendador de Sillery, la señora de Villeneuve, les traían todos los días alguna cosa: ya un tabernáculo y candeleros para el altar,

(1) *Las vidas de nueve religiosas de la Visitación*, por la Madre de Chaugy; un vol. en 4.º, pág. 1 y siguientes. Annecy, 1659.

ya un cofre lleno de lienzo para la sacristía, algunos briales de raso blanco con flores para hacer los ornamentos sagrados, algunos cientos de escudos, y lo que valía más, una pretendiente con ocho mil libras y una buena joven para tornera. Deshechos los hielos, la caravana se puso en camino, sin dejar de recibir regalos durante su marcha, y por decirlo así, en cada parada que hacía. En Pont-à-Mousson, en particular, les dieron muebles para ocho celdas. De este modo llegaron á Metz el 14 de Febrero de 1633, cargadas de regalos de todas clases, llevando en carros cuanto era necesario para amueblar una casa, adornar una iglesia, y, según la expresión de las *Memorias*, principiar el arreglo de su habitación sin ayuda de nadie. Precaución prudente en un país y en una época en que San Vicente de Paúl iba á verse obligado á enviar, durante diez años consecutivos, carruajes cargados de pan, simientes, arados, rebaños, y hasta vestidos para veinte mil hombres de todas clases de la sociedad (1). Circunvalada por la Lorena, el Franco-Condado y la Borgoña, la Champagne conocía también á la Visitación por este tiempo, pero con más dificultades, á consecuencia de una de esas susceptibilidades de los municipios que tan frecuentes eran entonces. El Obispo de Troyes había llamado á la Madre Favre para reformar en su ciudad episcopal una casa de la Orden de San Agustín. La Madre Favre llegaba, pues, de París á la cabeza de una pequeña colonia de religiosas, y se preparaba á entrar en la ciudad, cuando de repente se presentan en la puerta los magistrados, y deteniendo el carruaje en que venía, la intiman que se vuelva, diciéndole secamente que la ciudad no la quiere á ella ni á sus religiosas. Admirada de una oposición tan inesperada, la Madre Favre se detiene, pero se niega á volver atrás y hace

(1) *Fundaciones inéditas de Nancy y de Metz*, págs. 537-539.

que venga el Sr. Obispo que la había llamado. Vino aquél afligido por estos obstáculos, y entabló una polémica con los magistrados. En el momento en que los ánimos están más acalorados, el alcalde se vuelve bruscamente á la Madre Favre, y la dice: «¿Querriais, por ventura, violentar á la ciudad?—A la ciudad del cielo sí—dijo la Madre con una sonrisa finísima,—pero á las ciudades de la tierra, ¡oh! no.» El alcalde se amansó un poco con esta respuesta, pero no lo bastante para permitirle entrar en la ciudad. Por su parte la Madre Favre rehusa el dar un paso para volverse, y echando pie á tierra del carruaje, se establece con sus compañeras fuera de las puertas en una casita de los arrabales. Mientras tanto, delibera el Ayuntamiento. Conociendo que la Superiora es prudente y sagaz, decide aquél echarla vergonzosamente si entra con engaños y por astucia. Seis semanas se pasaron así: la Madre Favre rehusando marcharse, y las autoridades protestando que nunca la dejarían entrar. Vehemente por carácter, y habiendo dejado en París importantísimos negocios, la Madre Favre empieza á cansarse y desanimarse, viendo perderse un tiempo tan precioso, interrumpidos asuntos tan graves, y aumentarse los obstáculos sin saber cómo vencerlos, porque se había resentido el amor propio de las autoridades locales, y ya se sabe que éste es el más invencible de todos los obstáculos. Advertida la Madre de Chantal de este desaliento pasajero, interviene en el asunto, y sostiene á su *grande Hija* con sus cartas, animándola á la perseverancia, y haciéndola ver que el tiempo que se gasta por Dios nunca se pierde; que las penas y las persecuciones son las semillas fecundas de las casas religiosas; y que aquella podrá mejor desafiar en lo sucesivo á las tempestades que haya sido más combatida en su cuna (1).

(1) Edición Migne, pág. 1.644.

Animada con estas fuertes razones la Madre Favre, se mantuvo firme; y como la paciencia es la reina del mundo, poco á poco desaparecieron los obstáculos, la razón y la fe triunfaron del amor propio, fué concedido el permiso, y el 6 de Julio de 1631, la pequeña colonia entró triunfante en Troyes (1).

Mientras que sucedían estas cosas en Champagne, en Lorena, en el Franco-Condado y Borgoña, las provincias del Norte abrían á su vez las puertas á la Visitación naciente; aunque con lentitud, es verdad, porque estaban más lejos de su cuna y con más dificultad, porque tenían multitud de casas religiosas; pero estos obstáculos, deteniendo por un instante el curso de la Visitación y retardándolo algunos años, iban á darle un éxito más brillante. En la época á que nos referimos, ni el Artois, ni Flandes habían oído siquiera pronunciar el nombre de la Visitación. La Picardía tenía noticia de ella, pero de una manera vaga é inexacta. La Normandía no la conocía mejor, á pesar de tener ya un monasterio, el de Caen. Cuando la señorita de Boisguillaume, hija de un consejero del Parlamento de Rouen, movida por Dios, deseando salir de un mundo en que sobresalía demasiado, para no arriesgar su salvación, quiso informarse de lo que eran las Hijas de la Visitación, le dijeron cosas tan raras, que la espantaron. Los unos decían que eran religiosas tan pobres, que se morían de hambre; los otros añadían que el nuevo Instituto había sido fundado para enfermas por un Prelado sumamente bondadoso, y que para ser admitida en él era necesario tener algún achaque. No faltaba alguno que, habiendo estado en París, y entrado por casualidad en la capilla de la Visitación cuando predicaban, tiempo en que las religiosas, por no tener

(1) *Fundación inédita de Troyes*, pág. 429. · *Vidas de las primeras religiosas*, tomo I, pág. 51.

los velos levantados con las cortinas descorridas, cierran las ventanas del coro para no ser vistas de los seculares, contaba por todas partes que los monasterios eran tan oscuros que casi no se veía. Tanto desalentaron estos rumores á la joven que Dios había destinado para establecer en Rouen la Visitación, que fué menester que Él mismo viniese en su auxilio. Estaba durmiendo una noche, y de repente le pareció estar en una iglesia de la Visitación, rodeada de una porción de religiosas, y mientras la desnudaban de su traje de seclar, oyó una voz que le dijo: «Mira, viven como ángeles.» Conmovida con esta palabra, que resonaba aún en sus oídos mucho tiempo después de haber despertado, se fué á París, y habiendo encontrado el monasterio muy fervoroso y enteramente diferente de la pintura que de él le habían hecho, aunque era aún muy jóven, hermosa, muy pretendida y aficionada á las cosas del mundo, rompió todos sus lazos, pisó las mundanas esperanzas que tanto halagan á la edad de veinte años, y tomó con ánimo generoso el humilde velo de las esposas de Jesucristo. Sus padres, que habían asistido á la ceremonia, volvieron á Rouen contando con entusiasmo lo que habían visto. Así nació poco á poco la idea de una fundación, y habiendo empezado á reunir recursos al efecto, se habló de ello al Arzobispo. Éste, que era prudente, no quiso responder sin leer las Constituciones, las cuales le encantaron; pero como la teoría dista mucho de la práctica, se fué á París y en derechura al locutorio de la Visitación para sondear á las Hermanas y ver si hallaba en ellas aquel espíritu dulce, humilde y sencillo que había admirado en las reglas. La primera á quien vió fué á la Madre María Jacobina Favre. (Era un poco antes de su viaje á Troyes.) Le propuso al pronto algunas cuestiones para probarla. «Hija mía—le dijo—¿qué es mejor, hablar de Dios ú oír hablar á Dios? La Madre Favre respondió humildemente que no

era capaz de resolver esta cuestión. «Tal vez, hija mía—replicó el Arzobispo,—tenéis vergüenza de responder con el velo levantado; bajadle para tener más libertad.» La Madre se lo bajó al instante, pero continuó escusándose con palabras tan modestas, sencillas y piadosas, que aquel buen Prelado quedó muy edificado, y dijo al salir que no se podía ver más humildad; que cierto, temía mucho recibir algunas religiosas que se tienen por instruidas y quieren enseñar á los doctores; pero que las Hijas de Santa María no eran de esta clase, y que así apoyaría el negocio de la fundación.

Más difícil fué alcanzar la licencia del Parlamento, que aquí como en todas partes era poco favorable al desarrollo de las Ordenes religiosas. Se logró, no obstante, gracias á la habilidad y astucias algo normandas de varios consejeros amigos de la familia de Boisguillaume, y el 27 de Octubre de 1630 llegaron á París las Hermanas que venían á la fundación. Cuando á la escasa luz del crepúsculo de la tarde distinguieron las torres y campanarios de Rouen, la Superiora, que era la Madre Ana Margarita Guerin, y todas las Hermanas se sintieron llenas de devoción á San José, y le pidieron fervorosamente la santa sencillez para todas las que debiesen recibir, porque habían oído decir que allí los espíritus eran demasiado prudentes (1).

Más distante de París que la Normandía la ruda y católica Bretaña, conocía mejor en esta época á la Visitación, y le abría una á una todas sus ciudades. Rennes, donde la venerable Madre de la Roche había esparcido, como en Orleans, y á pesar suyo, el buen olor de sus virtudes, dando principio ella misma á la fundación del monasterio con aplauso de todo el mundo; Nantes, cuyo monasterio fué fundado por la Madre de Bres-

(1) *Fundación inédita de Rouen*, pág. 386.

sand, una de las más ilustres entre las primeras Madres de la Visitación, la cual no hemos podido dar aún á conocer á nuestros lectores, porque ¿cómo escribir tantas santas biografías? y que habiendo entrado novicia en Grenoble en 1618, fué distinguida muy pronto por San Francisco de Sales, que la llamaba «joven de raras prendas», y tratada por la santa Madre de Chantal durante su noviciado con mucho rigor, á fin de que por este medio brillase mejor su virtud, porque á juicio de la Santa no había en el instituto joven más perfecta ni de más talento. Tal era entonces la reputación creciente de la Madre de Bressand, que el célebre Obispo de Nantes, Felipe de Cospean, dijo que no permitiría que bajasen del buque las fundadoras si no traían á su cabeza á la Madre de Bressand; Vannes, fundado por una colonia que, después de haberse establecido primero en Croisic, se había visto obligada á dejar este punto, no encontrando en él los socorros espirituales y temporales de que tenía necesidad; Rennes, en fin, en donde iba á establecerse muy en breve otro segundo monasterio, no bastándole á la Bretaña los tres que ya poseía para acoger la inmensa multitud de jóvenes que su nobleza enviaba todos los días á la Visitación (1).

El Anjou y la Turena siguieron el ejemplo de la Bretaña, y dos hermosas casas de la Visitación fueron allí fundadas por esta época en el espacio de pocos años. La de Angers, debida á un santo sacerdote, á quien la lectura de las obras de San Francisco de Sales y una conversación con la Madre de Chantal habían entusiasmado, y que, á fuerza de actividad, energía y paciencia pudo establecer el Instituto en una ciudad tan llena de casas religiosas, que la sola idea de una nueva fundación levantó tempestades; y la de Tours, cuya fundación, aun más trabajosa, fué, como la de Besanzón,

(1) Véanse las diferentes *Fundaciones inéditas* de estos monasterios.